

Matilde y el ladrón de recuerdos

Francisco Leal Quevedo

Ilustraciones de Andrezzinho



loqueleg®

*A Amalia y Santiago,
mis lectores primordiales.*

*A Magda Camacho,
presente en cada una de estas páginas.*

Una historia va a comenzar

¿Alguna vez, ante sus ojos, ha ocurrido un robo? ¿Les ha sucedido que la víctima sea un ser querido? ¿Y que, además, el ladrón la vuelva a robar, día tras día, sin poder detenerlo? Eso me ocurrió y no sabía qué hacer. Además, eso no era todo. Ese ladrón también podría, dentro de un tiempo, atacarme a mí. Yo quería enfrentarlo, pero era difícil pues no lo conocía ni sabía su nombre.

¿Cómo era su aspecto?, se estarán preguntando. Nadie ha visto su rostro, solo son visibles sus huellas, como agujeros negros.

¿Quieren saber qué robaba? No le interesaba lo que a los otros ladrones: ni joyas, ni

dinero, ni objetos que se pudieran vender. Se robaba algo precioso para una persona: sus recuerdos, su nombre, los nombres de sus amigos, el camino hacia su casa, el rostro de sus vecinos, los lugares que había visitado, las celebraciones familiares y muchas cosas más.

Supongo que se estarán preguntando sobre su modo de actuar. Llegaba sin hacer ruido. No abría puertas ni ventanas, ni usaba linternas en la oscuridad. De forma callada atacaba una y otra vez la cabeza de una persona, sacaba sus recuerdos y su memoria iba quedando hueca. Los robaba para desaparecerlos. No los guardaba en ninguna parte. El pasado se iba, como si se disolviera en el aire. Como cuando una sopla los villanos de diente de león y el viento se los lleva. O hace pompas de jabón y con la brisa se alejan.

Esa persona quedaba, como me pasó una vez en el colegio, con la mente en blanco. Fue una sensación extraña, yo estaba en el escenario, interpretaba un personaje de largos parlamentos en una obra de teatro. Era una ocasión muy especial, había mucha gente en esa sala. Todo iba saliendo bien, la obra ya estaba terminando, faltaban solo cuatro frases y, de pronto, se me olvidó todo.

11

No sabía cómo continuar. Miraba hacia la sala, veía muchos ojos en suspenso y bocas entreabiertas. Entre tantos espectadores, yo veía a mis papás y a unos amigos. Todos me observaban, estaban pendientes de mí. Los segundos pasaban. Detrás de ellos se fue, muy despacio, un minuto. Yo intentaba recordar, las palabras estaban en mi boca, pero no podía. El público estaba desconcertado.

De repente, el recuerdo saltó en mi cabeza como si fuera un conejo y lo atrapé.



Luego de decir las frases de manera atropellada —porque temía que volvieran a desaparecer—, hice una venia profunda, como pidiendo disculpas. Entonces todos comenzaron a aplaudir y cayó el telón. La situación con este ladrón era parecida pero con una gran diferencia, en este caso, del robo de recuerdos: el pasado no vuelve, su recuerdo se marcha para siempre.

13

Con los últimos acontecimientos frente a ese misterioso ladrón, he comprendido que los recuerdos son muy importantes en la vida pues nos muestran el camino que hemos recorrido y el que aún tenemos pendiente. De esta dura experiencia he aprendido muchas cosas. Ahora creo saber cómo voy a enfrentar al “Ladrón de recuerdos” si, algún día, se aparece en mi vida.

Una extraña llamada

Un día, muy temprano, mi mamá hablaba por teléfono. Bueno, eso no es algo extraordinario, pasa a diario y varias veces. Todas nuestras mamás suelen hacerlo. Pero la conversación de ese día fue muy extraña, Alibel hablaba en voz alta y repetía una misma frase:

—¿No estarás exagerando?

Estaba claro que le estaban contando algo difícil de creer, por eso me interesé en parar oreja. Tengo tan buen oído que puedo escuchar desde lejos, aunque sea un murmullo, pero esta vez era fácil pues una voz recia venía del otro lado.